

By ARMANDO PALACIO VALDÉS  
LA LEYENDA DEL REY ALBERTO

*En los siglos venideros las madres contarán a sus hijos en las largas noches de invierno "la leyenda del rey Alberto."*

"UNA vez era un rey, hijos míos, que reinaba sobre un pequeño pueblo industrial, noble y bravo. Y este rey era noble entre los más nobles y bravo entre los más bravos. Cerca de él vivía un gigante temeroso que reinaba sobre un gran pueblo de guerreros. Este gigante mantenía en suspensión y espanto a cuantos le rodeaban y rebotaba de poder y de orgullo. Además poseía un cañón maravilloso, grande como una catedral, con el cual arrasaba los campos y pulverizaba las ciudades. Vecino del pequeño pueblo vivía otro rico y feliz que el gigante codiciaba.

"Déjame pasar por tus estados," le dijo un día a nuestro rey. "Quiero aplastar y reducir a la servidumbre a esa nación que cerca de ti se halla. Si me dejas el paso libre tendrás dinero, participarás del botín que recoja, algunos de los estados de esa nación pasarán a tu poder. Si no me lo dejas arrasaré tu pueblo y seréis todos esclavos.

"No pasarás sino sobre nuestros cadáveres," respondió el rey valeroso.

"Mi pueblo, que es uno de los más prósperos del orbe, estima mucho sus fábricas, sus riquezas, sus grandes ciudades, sus hermosos monumentos, pero estima más su honra. Las piedras pueden colocarse otra vez las unas sobre las otras; pero ¿quién alzaría de sus ruinas el honor derrumbado? Guarda tu dinero, toma el mío y el de mis compatriotas si te hace falta, arráncanos si quieres la vida, haznos esclavos. No lograrás hacernos viles..."

"Entonces el gigante cruel cayó sobre aquel diminuto pueblo, destruyó sus ciudades, quemó sus aldeas, degolló a muchos de sus habitantes y sembró por doquier el espanto y la desolación.

"El rey magnánimo salió de sus estados, pero ¡ caso extraño ! los encontró mucho mayores. Todos se declaraban sus vasallos. Donde quiera que iba se le aclamaba como a un emperador victorioso. Las mujeres deshojaban flores sobre su cabeza, los hombres agitaban sus sombreros gritando: ¡ Viva el rey !

"Al fin, rodeado de un puñado de soldados heroicos, penetró nuevamente en sus estados y comenzó la reconquista. Muchos hombres le ayudaron, los unos con su espada, los otros con su pluma, los otros con sus oraciones. Los ángeles del cielo le abrían paso. Y palmo a palmo en lucha tenaz y sangrienta se fué apoderando de su perdido reino. Cuando al cabo logró sentarse otra vez sobre su trono, el universo entero dejó escapar un grito de alegría. Porque la justicia había quedado triunfante, la ley de Dios cumplida y el poder de las tinieblas vencido.

"Hijos míos, este rey fué después dichoso sobre la tierra y ahora lo es en el cielo."

*Armando Palacio Valdés*

179

ARMANDO PALACIO VALDES  
TRANSLATION by Prof. Fitzmaurice-Kelly  
THE LEGEND OF KING ALBERT

In the coming ages, during the long winter evenings, mothers will tell their children "The Legend of King Albert."

"Once upon a time, my children, there was a King who reigned over a small, industrious, noble and valiant race; and this King was the noblest of the noble, and the bravest of the brave. Near him there lived a dreadful giant who ruled over a great race of warriors. This giant kept all those about him in awe and fear, and he abounded in power and pride. Moreover, he had a wonderful cannon, the size of a cathedral, with which he made havoc of the countryside and ground cities into dust. This small nation had for its neighbour another state—a rich and happy state, which the giant coveted.

"Let me pass through your dominions," he said one day to our King. "I want to destroy and enslave that nation which dwells nigh you. If you let me through, you shall have wealth; you shall share the plunder that I get; some of the provinces of that nation shall come under your sway. Should you not let me through, I will crush your people and you shall all be slaves."

"You shall not pass—except over our dead bodies," answered the valiant King. "My people, one of the most prosperous on earth, sets great store by its

manufactures, its riches, its large cities, its handsome monuments: but it loves honour more. You can again pile stones one upon the other; but, if honour be uprooted, who can raise it from its ruins? Keep your money; if that is what you want, take mine and my people's! Take our lives! Enslave us! You will fail to make us base!"

"Then the cruel giant fell on that tiny race, destroyed its cities, burned its hamlets, slew many of its inhabitants, and spread fear and misery everywhere.

"The high-minded King set forth from his dominions, but—marvellous to tell!—he found them growing larger. All proclaimed themselves his vassals. Wherever he went, he was hailed as though he were a triumphant conqueror. Women scattered flowers on his head; men waved their hats, and cried—'Long live the King!'"

"At last, surrounded by a handful of heroic soldiers, he made his way once more into his Kingdom, and began to win it back again. Many helped him: some with their swords, some with their pens, others with their prayers. The angels of heaven opened up a path for him. And, after a desperate and bloody struggle, inch by inch, he kept on recovering his lost Kingdom. When, at last, he came to his throne again, the whole world raised a shout of exultation. For justice had triumphed, God's word was fulfilled, and the powers of darkness were vanquished.

"My children, this King was happy afterwards on earth, and is now happy in heaven."